colchón debajo del otro: había en la cesta una botella, pan y algunas provisiones. Puso la cesta en el suelo, y dijo:—Comed.—Luego extendió el colchón sobre las losas, diciendo:—Dormid.—El campanero la traía su propia cama y su comida.

Alzó los ojos hacia él la gitana para darle las gracias; pero no pudo articular una palabra; el pobre diablo era realmente horrible. Bajó la cabeza estremeciéndose profundamente.

Entonces le dijo:—Os causo miedo. Soy muy feo, no es verdad? pero no me miréis, escuchadme solamente. Durante el día, os quedaréis aquí; de noche podréis pasearos por toda la iglesia. Pero no salgáis de la iglesia ni de día ni de noche, porque seríais perdida; os matarían, y yo moriría.

Conmovida, levantó la cabeza para responder; pero ya había él desaparecido. Volvió á encontrarse sola, pensando en las singulares palabras de aquel sér casi monstruoso, y asombrada del sonido de su voz, que era tan ronca y sin embargo tan dulce.

Luego examinó ella su celda, que era una estancia como hasta de seis pies cuadrados, con una pequeña ventanilla y una puerta sobre el plano ligeramente inclinado del techo de piedra: muchas canales que representaban figuras de animales, parecían inclinarse en torno de ella y alargar el pescuezo para verla por la ventana. En el borde de su techo, veía las cimas de mil chimeneas coronadas de humo; triste espectáculo para la pobre gitana, sola en el mundo, condenada á muerte, desdichada criatura, sin patria, sin familia, sin hogar.

En el momento en que se le apareció así más aciaga que nunca la idea de su aislamiento, sintió una cabeza vellosa y barbuda deslizarse entre sus manos sobre sus rodillas; estremecióse (ahora todo la asustaba) y miró; era la pobre cabrita, la ágil Djali que se

había escapado detrás de ella cuando Quasimodo dispersó la comitiva de Charmolue, y que se deshacía en caricias á sus pies hacía ya cerca de media hora, sin poder obtener ni siquiera una mirada. La gitana la cubrió de besos:—Oh! Djali, decía, cómo he podido olvidartel con que siempre te acuerdas de mí! Oh! tú no eres ingrata, no! Al mismo tiempo, como si una mano invisible hubiese removido el peso que comprimía sus lágrimas hacía tanto tiempo en su corazón, se hechó á llorar, y á medida que corría su llanto, sentía que se iba con él lo más acre y amargo de su dolor.

Cuando llegó la noche, parecióle esta tan bella, la luna tan suave, que salió á dar una vuelta por la alta galería que rodea á la iglesia, con lo que sintió algún alivio: tan serena le pareció la tierra, vista desde aquella altura!

III

Sordo

Al dispertarse á la mañana siguiente, advirtió que había dormido; cosa singular que la asombró; tanto tiempo hacía que ignoraba lo que es dormir! Un bello rayo del sol naciente entraba por la ventanilla y la daba en el rostro; al mismo tiempo que vió el sol, vió en aquella ventana un objeto que la aterró, la triste figura de Quasimodo. Cerró los ojos involuntariamente, pero en vano, porque siempre creía ver al trasluz de sus rosados párpados aquella cara de gnomo, tuerto y mellado; entonces, mientras tenía los ojos cerrados, oyó una voz áspera, voz que decía con mucha dulzura:—No tengáis miedo, soy vuestro amigo. Había venido á veros dormir, no es verdad

que no os hace daño el que venga yo á veros dormir? Qué os importa que esté yo ahí cuando tenéis los ojos cerrados? Ahora voy á irme; ya estoy detrás de la pared;—ahora ya podéis abrir los ojos.

Más triste era aun el acento con que fueron pronunciadas estas palabras que las palabras mismas. Conmovida la gitana, abrió los ojos; en efecto, ya no estaba en la ventanilla. Asómose á ella y vió al pobre jorobado acurrucado en un ángulo de la pared en una actitud dolorosa y resignada. Hizo la gitana un esfuerzo para vencer la repugnancia que la inspiraba. —Venid, le dijo con dulzura; pero en el movimiento de sus labios, creyó Quasimodo que le echaba, y entonces se puso en pie y se retiró cojeando lentamente, con la cabeza baja, sin atreverse siquiera á levantar sobre la hermosa su mirada llena de desesperación.—Venid, venid! repitió, pero él continuaba alejándose. Salió entonces la Esmeralda de su celda, corrió hacia él y le cogió del brazo; al sentirse tocado por ella tembló Quasimodo de pies á cabeza; levantó sus ojos suplicantes, y viendo que ella le atraía hacia sí, brilló su rostro radiante de alegría y de ternura. Quiso hacerle entrar en su celda, pero él se obstinó en quedarse á la puerta.—No, no dijo; el buho no entra en el nido de la alondra.

Sentóse ella entonces graciosamente en su colchón con la cabrita dormida á sus pies: ambos quedaron inmóviles por algunos instantes considerando en silencio, él tanta hermosura, ella tanta fealdad: á cada momento descubría la gitana en Quasimodo alguna nueva deformidad. Su mirada pasaba de aquellas rodillas nudosas á aquella espalda jorobada, de aquella espalda jorobada á aquel ojo único y no podía comprender como existía un sér tan extrañamente bosquejado. Había sin embargo en todo aquello tanta tristeza y tanta dulzura que ya empezaba á acostumbrarse á ello.

Cuando acabó de beber el agua,
Quasimodo besó la linda mano de la gitana.

El fué el primero que rompió el silencio.—Con que me decíais que volviera?

Hizo ella con la cabeza una señal afirmativa, diciendo:—Sí.

Comprendió él la señal afirmativa:—Ah! dijo, como si no se atreviera á proseguir, es que... soy sordo.

—Pobre hombre!—exclamó la gitana con una expresión de sincero dolor.

Empezó él á sonreir tristemente.—Verdad que eso sólo me faltaba? Sí, soy sordo; esa es mi naturaleza. —Soy horrible, no es verdad? Vos sois tan hermosa, tanto!!

Revelaba el acento del miserable un sentimiento de su miseria tan profundo, que no tuvo fuerzas ella para decir una sola palabra; además él no hubiera oído. Luego prosiguió:

—Nunca había conocido mi fealdad como ahora; cuando me comparo á vos, oh! mucho me compadezco á mí, pobre y desventurado monstruo! Debo pareceros una fiera seguramente.—Y vos!.. vos sois un rayo del sol, una gota de rocío, el canto de un ave! —Yo, yo soy una cosa horrible, ni hombre, ni animal, un no sé qué, más duro, más ajado, más diforme que un guijarro!

Entonces se echó á reir, y aquella risa desgarraba el corazón; luego continuó:

—Sí, soy sordo; pero me hablaréis por gestos, por señas: yo tengo un amo que habla conmigo de ese modo. Además, pronto conoceré vuestra voluntad por el movimiento de vuestros labios, por vuestras miradas.

—Pues bien!—repuso ella sonriendo,—por qué me habéis salvado?

Miróla él atentamente mientras le hablaba.

—He comprendido,—respondió:—me preguntáis por qué os he salvado; ya os olvidasteis de un miserable

que intentó robaros una noche, de un miserable á quien el día siguiente disteis auxilio en su infame picota. Una gota de agua y un poco de compasión, más es eso de lo que podré yo pagar con toda mi vida. Vos os habéis olvidado de este miserable; él se ha acordado.

Escuchábale ella profundamente enternecida; giró una lágrima en el ojo del campanero, pero no cayó; parecía que ponía una especie de pundonor en devorarla.

—Escuchad,—repuso cuando ya no temió que se escapase aquella lágrima:—allí hay unas torres muy altas; el hombre que cayera desde ellas, moriría antes de llegar al suelo. Cuando queráis que yo caiga desde su altura, ni aun siquiera tendréis que pronunciar una palabra; una mirada bastará.

Entonces se puso en pie; aquel sér extraordinario, aun en el profundo infortunio en que se hallaba la gitana, excitaba en ella alguna compasión. Hízole señal de que se quedara.

—No, no,—dijo;—no debo quedarme demasiado tiempo; aquí no estoy bien. Sólo por compasión no apartáis los ojos de mí: me voy á mi sitio desde donde pueda veros sin que vos me veáis á mí; eso será mejor.

Sacó entonces de su faltriquera un silbato de metal.

—Tomad,—dijo;—cuando me necesitéis para algo, cuando queráis que yo venga, cuando no os inspire demasiado horror el verme, silbad con esto: yo oigo este sonido.—Dejó el silbato en el suelo y huyó.

IV

Arcilla y cristal

Sucediéronse muchos días.

Poco á poco iba volviendo la serenidad al alma de la Esmeralda; el exceso del dolor como el exceso de

la alegría es una cosa violenta que dura poco; el corazón del hombre no puede durar mucho tiempo en un extremo. Tanto había sufrido la gitana que ya no le quedaba más que el asombro de lo que había padecido.

Con la seguridad había recuperado la esperanza. Estaba fuera de la sociedad, fuera de la vida; pero sentía confusamente que acaso no le sería imposible volver á una y á otra. Estaba como una muerta que tuviera en reserva una llave de su sepulcro.

Sentía irse alejando de ella poco á poco las terribles imágenes que por tanto tiempo la habían perseguido. Todos los fantasmas espantosos, Pierrat, Torterue, Jaime Charmolue, se borraban de su mente; todos, hasta el mismo sacerdote.

Y además, Febo vivía; de ello estaba segura, pues que le había visto; la vida de Febo era todo para ella. Después de la serie de fatales sacudidas que todo lo habían derruído en ella, la infeliz sólo encontró en pie en su alma una cosa, un sentimiento, su amor al capitán. Porque el amor es como un árbol: crece por sí sólo, hunde profundamente sus raíces en todo nuestro sér, y muchas veces sobrevive verde y lozano en un corazón hecho ruinas.

Y es lo más inexplicable que la pasión es tanto más tenaz, cuanto es más ciega: nunca es más sólida que cuando no tiene razón en sí.

Indudablemente la Esmeralda no pensaba en el capitán sin amargura. En verdad era cosa horrible que también él hubiera sido engañado, que también él hubiera creído posible todo aquello, que hubiese podido comprender una puñalada mortal dada por la mujer que hubiese sacrificado mil vidas por él. Pero en fin, alguna disculpa tenía; no había ella confesado su *crimen?* no había cedido, débil mujer, al martirio de la tortura? Toda la culpa era de ella; antes hubiera debi-

do dejarse arrancar las uñas, que una palabra como aquella. Pero en fin, si lograba ver á Febo una sola vez, un solo minuto, una sola mirada bastaría para desengañarle, para volverse á ella. No lo dudaba; aturdíase además sobre muchas cosas singulares, sobre la casualidad de la presencia de Febo el día de la pública retractación, sobre la joven que estaba con él. Aquella joven era sin duda su hermana: explicación infundada, pero que le bastaba á ella, porque tenía necesidad de creer que Febo la amaba, que no amaba á nadie más que á ella. No se lo había él jurado? Qué más necesitaba la infeliz, cándida y crédula como era? Y luego en todo aquel asunto no la culpaban más las apariencias á ella que á él? Por esto conservaba alguna esperanza.

Añádase á esto que la iglesia, aquella vasta iglesia que la ceñía por todas partes, que la protegía, que la salvaba, era un soberano calmante. Las líneas solemnes de aquella arquitectura, la actitud religiosa de todos los objetos que rodeaban á la Esmeralda, los pensamientos piadosos y serenos que se desprendían, por decirlo así, de todos los poros de aquellas piedras, ejercían sobre ella su poderoso influjo. El edificio tenía también ecos tan llenos de bendición y de majestad, que aplacaban como un bálsamo los dolores de aquella alma enferma. El canto monótono de los vicarios de coro, las respuesta del pueblo á los sacerdotes, ora inarticuladas, ora tonantes; el armonioso temblor de las pintadas vidrieras, el órgano sonoro como cien trompetas, los tres campanarios zumbando como tres colmenas de enormes abejas, toda aquella orquesta sobre la cual zumbaba un gigantesco diapasón, subiendo y bajando sin cesar de un gentío á un campanario atronaba y ensordecía su memoria, su imaginación, su dolor: las campanas sobre todo la adormecían. Era aquello como un magnetismo poderoso que derramaba

sobre ella profusamente aquella inmensa máquina.

Y cada nuevo sol que nacía la hallaba más serena, respirando mejor, menos pálida. A medida que cerraban sus llagas interiores, florecían de nuevo su gracia y su hermosura sobre su rostro, pero más serias y más reposadas. Ibala volviendo también su antiguo carácter, un poco de su alegría, su gracioso mohín, su cariño á la cabrita, su afición á cantar, su pudor. Cuidaba de vestirse por las mañanas en el ángulo del chiribitil, de miedo de que la viese por la ventana algún habitante de las vecinas buhardillas.

Cuando el recuerdo de su Febo la dejaba tiempo para ello, la gitana pensaba algunas veces en Quasimodo: él era el único vínculo, la única relación, la única comunicación que le quedaba ya con los hombres, con los vivos. Desdichada! más desterrada estaba aún del mundo que Quasimodo. No sabía qué pensar del extraño amigo que la había deparado la casualidad. Muchas veces se acusaba de que no bastase su gratitud á hacerla cerrar los ojos, pero decididamente no podía acostumbrarse al pobre campanero: era demasiado feo.

Había ella dejado en el suelo el silbato que la diera Quasimodo; pero esto no impidió que el pobre sordo se presentase algunas veces en su celda los primeros días. Hacía ella los mayores esfuerzos para no apartar los ojos con demasiada repugnancia, cuando venía á traerla su cesta de provisiones, ó el cántaro de agua; pero siempre advertía él cualquier movimiento de aquella especie, y entonces se iba tristemente.

Una vez llegó mientras estaba la gitana acariciando á Djali. Permaneció algunos momentos pensativo delante de aquel gracioso grupo de la cabra y de la Esmeralda, y dijo en fin meneando su pesada y monstruosa cabeza:—Mi desgracia es que me parezco dema-

siado al hombre: yo quisiera ser enteramente un animal como esa cabra.

Fijó la gitana en él una mirada atónita á la que respondió Quasimodo:—Oh! bien sé yo por qué!

Y se fué.

En otra ocasión, presentóse á la puerta de la celda (donde nunca entraba) mientras estaba cantando un antiguo romance español cuyas palabras no comprendía, pero que se la habían quedado en la memoria, porque con ellas la adormecían de niña las gitanas. Al ver aquel feo rostro, que sobrevenía de súbito en medio de su canción, interrumpióse la niña haciendo un ademán involuntario de terror. El desgraciado campanero cayó de rodillas sobre el dintel de la puerta, y cruzó con aire suplicante sus anchas manos disformes.—Oh! dijo dolorosamente, yo os lo pido, continuad y no me echéis!—No quiso ella afligirle, y toda trémula, prosiguió su canción; pero fué disipándose su espanto por momentos, y cedió en fin de todo punto á la impresión del tono melancólico y suave que cantaba. El en tanto, permanecía de rodillas, con las manos cruzadas, como en éxtasis, atento, respirando apenas, fija la vista en los brillantes ojos de la gitana. Parecía que oía su cantar en sus ojos.

Y en otra ocasión, llegóse á ella con aire indeciso y tímido.—Escuchadme, dijo haciendo un esfuerzo; tengo que deciros una cosa.—Hízole ella señal de que le escuchaba; entonces, Quasimodo empezó á suspirar, entreabrió los labios, pareció por un momento que iba á hablar, hizo con la cabeza un movimiento negativo, y se retiró lentamente, apoyada la frente en la mano, dejando á la gitana estupefacta.

Entre los grotescos personajes esculpidos en la pared, había uno á quien profesaba un afecto especial, y con el cual muchas veces parecía cangear miradas fraternales. Una vez, oyóle la gitana que le decía:—Oh! que no sea yo de piedra como tú!!

Un día, en fin, una mañana, habíase adelantado la Esmeralda hasta el borde del techo, y miraba la plaza por cima de la aguda techumbre de San Juale-Rond. Quasimodo estaba allí, detrás de ella; colocábase así él por su propia voluntad á fin de evitar en lo posible á la doncella el disgusto de verle. De pronto, estremecióse la gitana, una lágrima y un rayo de alegría brillaron juntamente en sus ojos, arrodillóse en el borde del techo, y extendió los brazos con agonía hacia la plaza exclamando:—Febo! ven! ven! una palabra, una sola palabra por amor de Dios! Febo! Febo!—Su voz, su rostro, su ademán, toda su persona tenían la amarga expresión de un náufrago que hace una llamada de desesperación al hermoso buque que pasa á lo lejos al horizonte en un rayo de sol.

Inclinóse Quasimodo hacia la plaza y vió que el objeto de aquella tierna y delirante súplica era un joven, un capitán, un gallardo jinete todo brillante de armas y de joyeles que pasaba caracoleando por el fondo de la plaza, y saludaba con su penacho á una hermosa dama que sonreía en su balcón. Pero el oficial no oía á la infeliz que le llamaba; estaba demasiado lejos.

Y sin embargo, el pobre sordo lo oía todo. Un profundo suspiro agitó su pecho y tuvo que volver la cara; su corazón estaba preñado de todas las lágrimas que devoraba; sus dos puños convulsivos se chocaron sobre su cabeza, y cuando los retiró, tenía en cada mano un puñado de cabellos rojos.

La gitana no lo advirtió; él decía en voz baja rechinando los dientes:—Condenación! He ahí como hay que ser! basta ser hermoso por encima!

En tanto la gitana continuaba de rodillas, y exclamaba con extraordinaria agitación:—Oh! ahora se apea del caballo! Y va á entrar en esa casa! Febo! No

me oye! Febo! Por qué le hablará esa mujer al mismo tiempo que yo? Febo! Febo!

El sordo la miraba, y comprendía muy bien aquella pantomima. El ojo del pobre campanero se llenaba de lágrimas, pero no dejaba caer ninguna; luego de pronto, la tiró suavemente por la manga. Volvióse la Esmeralda; él la dijo con serenidad:—Queréis que vaya á buscarle?

Lanzó ella un grito de alegría:—Oh! ve, id! corre, corre! pronto! ese capitán!—traédmele!—yo te amaré! sí...—Y en tanto abrazaba sus rodillas. No pudo él menos de menear la cabeza dolorosamente.—Voy á traerle, dijo con voz apagada. Luego volvió la cara y se precipitó corriendo por la escalera, ahogado por los sollozos.

Cuando llegó á la plaza, no vió más que el hermoso caballo atado á la puerta de la casa Gondelaurier; el capitán acababa de entrar en ella.

Alzó los ojos hacia el techo de la iglesia, donde vió á la Esmeralda que continuaba en el mismo sitio y en la misma actitud. Hízola con la cabeza una señal muy triste; luego se apoyó en uno de los poyos del portal, resuelto á esperar á que saliese el capitán.

Era á la sazón en la casa Gondelaurier uno de aquellos días de gala que preceden á las bodas: Quasimodo vió entrar mucha gente, pero no vió salir á nadie. De vez en cuando, miraba hacia el techo; la gitana continuaba inmóvil como él. Vino entonces un palafrenero á desatar el caballo, é hízole entrar en la cuadra de la casa.

Pasóse así todo aquel día, Quasimodo apoyado en la esquina, la Esmeralda sobre el techo, y Febo sin duda á los pies de Flor de Lis.

Llegó por fin la noche, una noche sin luna, una noche obscura. En vano ya Quasimodo fijaba su ojo en la Esmeralda; pronto no vió más que un punto

blanco en el crepúsculo, y luego no vió nada. Todo desapareció: todo era negro.

Vió Quasimodo iluminarse en toda la fachada las ventanas de la casa Gondelaurier; vió iluminarse, una después de otra, todas las ventanas de la plaza; viólas también irse apagando todas hasta la última, porque permaneció la noche entera en su puesto. El capitán no salía. Cuando ya hubieron vuelto á sus casas los últimos transeuntes, cuando todas las ventanas de las otras casas se apagaron, quedó Quasimodo enteramente solo, enteramente sepultado en sombra. No había entonces luminaria en el atrio de Nuestra Señora.

En tanto las ventanas de la casa Gondelaurier habían quedado iluminadas aun después de las doce de la noche. Quasimodo, inmóvil y atento, veía pasar detrás de los vidrios de mil colores una multitud de sombras vivas, que se movían y bailaban. Si no hubiera sido sordo, á medida que se iba apagando el rumor de París dormido, hubiera oído cada vez más claramente en el interior de aquella casa, un ruido de fiesta, risas y de música.

Hacia la una de la mañana, empezaron á retirarse los convidados. Quasimodo, envuelto en las tinieblas, los miraba pasar á todos bajo el portal iluminado por antorchas; ninguno de ellos era el capitán.

Llena estaba el alma de Quasimodo de tristes pensamientos; miraba á veces el cielo como los que se aburren. Enormes nubes negras, pesadas, rasgadas, agujereadas, pendían como hamacas de crespón de la estrellada cúpula de la noche. Parecían las telarañas de la bóveda del cielo.

En uno de aquellos momentos, vió abrirse de pronto misteriosamente la vidriera del balcón cuya balaustrada de piedra se recortaba encima de su cabeza. La frágil puerta de vidrio dió paso á dos personas, detrás de las cuales se cerró pausadamente: aquellas dos personas

eran un hombre y una mujer. No sin dificultad reconoció Quasimodo en el hombre al gallardo capitán, y en la mujer á la hermosa dama á quien había visto por la mañana dar la bienvenida al oficial, desde lo alto de aquel mismo balcón. Aquel sitio estaba enteramente obscuro, y una doble colgadura carmesí que cayó detrás de la puerta en el momento mismo en que se cerró, no dejaba penetrar en el balcón la luz del sarao.

El joven y la doncella, en cuanto podía juzgar nuestro sordo, que no oía ni una palabra de lo que hablaban, parecían entregados á la más amorosa conferencia, la joven parecía haber permitido al oficial que la ciñese con su brazo y resistía dulcemente sus besos.

Asistía Quasimodo desde abajo á aquella escena, tanto más graciosa de ver, cuanto no pasaba para ser vista: contemplaba el desdichado aquella felicidad, aquella belleza con profunda amargura. Al fin y al cabo, no era muda en el pobre diablo la voz de la naturaleza, y su columna vertebral, torcida y todo de tan mala manera como lo estaba, no era menos sensible que otra cualquiera. Pensaba el pobre sordo en la miserable parte de dicha que le había dado la providencia; en que la mujer, el amor, el deleite le pasarían eternamente por delante de los ojos, y que no haría más que ver la felicidad de los demás. Pero lo que más le despedazaba en aquel espectáculo, lo que mezclaba alguna indignación á su despecho, era el pensar en lo que debía sufrir la gitana si le veía. Verdad es que la noche era muy obscura; que la Esmeralda, si se había quedado en su sitio (y lo creía indudable) estaba muy lejos, y que apenas podía él á todo lo más divisar á los enamorados del balcón. Esto le consolaba.

En tanto su conversación era cada vez más animada; parecía que la dama suplicaba al oficial no la pidiese nada... De todo aquello, no distinguía Quasimodo mas que las lindas manos cruzadas, los ojos de la niña levantados á las estrellas, los ojos del capitán ardientemente clavados en ella. La doncella principiaba á aflojar su resistencia.

Por fortuna abrióse de pronto la puerta del balcón, y sobrevino una señora anciana; la bella quedó confusa, el oficial todo mohino, y los tres volvieron al estrado.

Un momento después resonaron en el portal las herraduras de un caballo y el brillante oficial, embozado en su capa de noche, pasó rápidamente delante de Quasimodo.

Dejóle el campanero doblar el ángulo de la calle, y luego echó á correr detrás de él con su agilidad de mono, gritando:—He! Capitán!

Paróse el capitán.

—Qué me quiere ese pillo?—dijo columbrando en la sombra aquella especie de figura desvencijada que corría hacia él cojeando.

Llegóse á él entonces Quasimodo y cogió impávido las riendas de su caballo:—Seguidme, capitán; hay aquí cerca una persona que quiere hablaros.

—Cuerno Mahoma!—refunfuñó Febo,—me parece haber visto no sé dónde á este pájaro desplumado. A ver compadre, quieres soltar las bridas de mi caballo?

—Capitán,—repuso el sordo,—no me preguntáis de quién?

—Te digo que sueltes mi caballo!—repuso Febo con impaciencia.—Qué me quiere este bellaco que se cuelga á la testera de mi rocín? Tomas á mi caballo por una horca?

Quasimodo, lejos de soltar las riendas, se disponía á hacerle dar la vuelta. No pudiendo explicarse la resistencia del capitán, apresuróse á decirle:—Venid, capitán, os espera una mujer.—Y luego añadió haciendo un esfuerzo:—Una mujer que os ama.

—Tuno de playa!—dijo el capitán,—que me cree

obligado á ir á casa de todas las mujeres que me aman ó que lo dicen! Y si por ventura se parece á tí, cara de mochuelo? Dí á la que te envía que me voy á casar, y que se vaya con el diablo!

—Escuchad,—dijo Quasimodo creyendo vencer con una sola palabra toda su resistencia,—venid, señor capitán! Es la gitana que ya sabéis!

Estas palabras produjeron en Febo grande impresión: pero no la que esperaba el sordo. El lector se acordará de que nuestro galán se retiró con Flor de Lis algunos momentos antes de que Quasimodo salvase á la gitana de manos de Charmolue; desde entonces en todas sus visitas á la casa Gondelaurier, habíase guardado muy bien de mentar á aquella mujer, cuyo recuerdo no le era muy grato seguramente; y Flor de Lis por su parte no había juzgado prudente decirle que vivía la gitana. Creía pues muerta el capitán á la pobre *Similar*, y que hacía ya de esto uno ó dos meses. Añádase á lo dicho que el capitán discurría hacía algunos instantes en la profunda obscuridad de la noche, en la hediondez sobrenatural, en la voz sepulcral de aquel extraño mensajero, que ya habían pasado las doce de la noche, que la calle estaba desierta como cuando se le acercó el monje en pena, y que su caballo resoplaba mirando á Quasimodo.

—La gitana!—exclamó casi asustado;—vienes acaso del otro mundo?

Y echó la mano á la empuñadura de su daga.

—Vamos, vamos!—dijo el sordo forcejeando por llevarse el caballo;—vamos por aquí!

Asentóle Febo sobre el pecho un vigoroso puntapié.

Brotó llamas el ojo de Quasimodo, quien hizo un movimiento para precipitarse sobre el capitán. Luego dijo conteniéndose violentamente:—Oh! buena dicha tenéis de que haya alguno que os ame!

Recalcó el sordo sobre la palabra *alguno*, y soltando las riendas del caballo:—Vete! le dijo.

Metió Febo espuelas á su rocín y se fué echando mil juramentos: vióle Quasimodo perderse entre la niebla de la calle.—Oh! decía en voz doliente el pobre sordo, rehusar eso!!

Volvió á Nuestra Señora, encendió su lámpara y subió á la torre; como él imaginaba, aun estaba la gitana en el mismo sitio. Apenas pudo divisarle á lo lejos, echó á correr hacia él:—Solo! exclamó cruzando dolorosamente sus blancas manos.

—No he podido dar con él,—dijo con frialdad Quasimodo.

—Debisteis haber esperado toda la noche,—repuso ella enfurecida.

Vió él su ademán de cólera, y comprendió su reconvención.—Otra vez le espiaré mejor, dijo bajando la cabeza.

—Vete!—exclamó la gitana.

Hízolo así porque vió que estaba descontenta de él; el infeliz prefería ser maltratado por ella á afligirla; todo el dolor lo había guardado para sí.

Desde aquel día en adelante no le volvió á ver la gitana ni él volvió á su celda: á todo lo más, entrevéía á veces en la cima de una torre el rostro del campanero melancólicamente clavado en ella; pero apenas le divisaba, desaparecía.

Debemos decir que poco la afligía la ausencia voluntaria del pobre jorobado. En el fondo de su corazón se lo agradecía, y sobre este particular no se hacía ilusión el desdichado Quasimodo.

Pero si ya no le veía, sentía no obstante la presencia de un genio protector en torno de sí, una mano invisible renovaba sus provisiones durante su sueño. Una mañana, halló sobre su ventana una jaula de pájaros. Había encima de su celda una escultura que la

metía miedo, y varias veces lo había dicho así delante de Quasimodo: una mañana (porque todas esas cosas se efectuaban durante la noche), ya no la vió: la escultura estaba hecha pedazos. El que había trepado hasta aquel punto, mucho debió exponer su vida.

A veces durante la noche oía una voz oculta bajo el alero del campanario, cantar como para adormecerla una canción triste y extraña, unos versos sin medida, como puede hacerlos un sordo.

No mires el rostro niña,
Mira sólo el corazón.

El corazón de un joven hermoso es con frecuencia disforme.

Hay corazones donde no se conserva el amor.

Niña, el pino no es hermoso,
No es hermoso como el álamo;
Pero conserva su hoja en invierno.
Pero ah! para qué te lo digo?
Lo que no es bello hace mal en vivir
La belleza sólo ama á la belleza,
Abril vuelve la espalda á enero.
La hermosura es perfecta,
La hermosura lo puede todo.

La hermosura es la única cosa que no existe á medias.

El cuervo no vuela más que de día,
El buho no vuela más que de noche,
El cisne vuela de noche y de día.

Una mañana, vió al despertarse dos vasos llenos de

flores en su ventana; uno era un vaso de cristal, hermoso y brillante, pero rajado: habíasele salido el agua que contenía, y sus flores estaban marchitas. El otro era un jarro de arcilla, basto y ordinario, pero que había conservado toda su agua, y cuyas flores estaban frescas y lozanas.

No sé si lo hizo con intención; pero la Esmeralda cogió el ramillete marchito y lo llevó todo el día junto al pecho.

Aquel día no oyó cantar la voz de la torre.

No hizo gran caso de ello: pasaba los días la Esmeralda acariciando á Djali, espiando la puerta de la casa Gondelaurier, pensando en Febo, y desmigajando pan á las golondrinas.

Llegó á dejar enteramente de ver y de oir á Quasimodo; el pobre campanero parecía haber desaparecido de la iglesia. Una noche sin embargo, como no dormía y pensaba continuamente en su gallardo capitán, oyó suspirar junto á su celda; levantóse sobresaltada, y vió á la luz de la luna una masa informe tendida de través delante de su puerta. Era Quasimodo que dormía sobre las piedras.

V

La llave de la puerta encarnada

La fama entre tanto había hecho saber al arcediano de qué modo milagroso se había salvado la gitana, y cuando recibió esta noticia no supo lo que pasaba en él. Habíase ya acostumbrado á la muerte de la Esmeralda; de este modo hallábase ya en paz, porque había tocado el fondo del dolor posible. El corazón humano (don Claudio había meditado sobre estas cosas) no puede contener más que una cierta cantidad de